

DISCUSION

Reproducimos a continuación dos cartas referentes a la reseña de ARISTOTELES, *De anima*, prólogo, traducción y notas por Alfredo Llanos (Buenos Aires, Juárez, 1969), aparecida en DIALOGOS, n° 17, pp. 122-124.

Buenos Aires, 23 de abril de 1971.

Señor Director de *Diálogos*

De mi mayor consideración:

En el número 17 de la revista de su digna dirección se publica una nota crítica sobre el prólogo y la traducción de *De anima*, de los que soy responsable, la cual aparece firmada por el señor Alfonso Gómez-Lobo M., de Valparaíso.

No es mi designio discutir dicha nota por el hecho que me resulte adversa. Sería ésta una actitud insólita, que pretendería convertir la tarea crítica en una complaciente aceptación de cuanto se escribe. No puedo desear tal cosa por razones éticas elementales. Me atrevo, empero, a esperar que se me conceda la ocasión de puntualizar algunas características de la mencionada nota, por ejemplo, la intención apenas oculta de algunas expresiones y una innegable agresividad que, según toda apariencia, tendría escasa relación con la jerarquía que se le asigne o niegue al trabajo cuestionado.

A primera vista la conducta psicológica del autor de la nota obedecería a impulsos extra aristotélicos. Por lo menos la motivación inconsciente parece nutrirse de elementos que trascienden el episodio mismo del trabajo que se rechaza. Es decir, he provocado la oportunidad para despertar el fastidio que se experimenta ante ciertas ideas que se oponen a lo tradicional, a lo académico. He invadido el coto en que se guardan las *ideas madres* de la civilización occidental y cristiana. Hubiera sido más lógico, en este orden de cosas, acusarme de extremismo ideológico, o de marxista inclusive, puesto que es el prólogo lo que irrita; en cambio, se prefirió eludir este camino con ánimo denigratorio.

Entrando en el tema puede ser, en efecto, que el prologuista no entienda al Estragira, si mediante ese giro se quiere expresar que no lo entiende como Tomás de Aquino o los escolásticos que a éste siguieron. En el supuesto que el viejo filósofo fuera ya una figura perfectamente clasificada en el museo de las ideas, con su etiqueta definitiva, ocuparse de él sería la manera menos útil de perder el tiempo. Si nos limitamos a repetir dignamente lo que dijo Aristóteles para cuidar la pureza de su doctrina no haremos filosofía; sólo vigilarémos la frontera de un mundo que linda con la muerte. Una manera consagrada de entender a Aristóteles por fortuna no la hay; existen modos de interpretarlo, válidos para determinada época; de ahí que lo que se mantiene vivo a través del tiempo es su poder de sugestión, la fuerza estimulante de su pensamiento.

Soy consciente de las irreverencias cometidas aunque algunas de ellas se me adjudican con excesiva generosidad. He intentado aplicar el método dialéctico materialista a ciertos aspectos de la psicología aristotélica en un modesto prólogo, y en esa senda confieso que muy escasa ayuda podía esperar de Trendelenburg, Hicks o Nuyens a pesar de la reconocida erudición de estos maestros. Comprendo el horror que provoca este propósito, sobre todo en los círculos donde se rinde tributo al colonialismo cultural que tiene sus fuentes más autorizadas en la Europa burguesa. Sé, y de poco me sirve, que para Aristóteles (*Met.*, 1050a) la entelequia es el acto acabado, cumplido, en oposición al acto en trance de hacerse, y la perfección de ello resultante; o bien (*De an.* 414a) la forma (*eidōs*) o razón (*logos*) que determina la actualización de una potencia. Pero si como creyó Leibniz, forzando los términos, la entelequia está en el tiempo, y a la filosofía aristotélica le asignamos un sentido dinámico que refleja un proceso en el fondo más social y político que teleológico, quizá no sea tan herético hablar de un alma que deviene dialécticamente. Es claro que sería exagerado deducir de esto que pretendo afirmar que Aristóteles se copió de Marx, así como algunos escolásticos piensan que el fundador del Liceo es una "entelequia" frustrada de Tomás, porque el dios cristiano, que aún no existía, no le otorgó la iluminación necesaria para pasar de la potencia al acto.

Sobre el intelecto agente el crítico mezcla palabras que saca de su contexto —recurso tolerado entre polemistas— para producir el efecto que se busca. Los lectores le hubieran agradecido, sin duda, su *opinión* ante un problema que Aristóteles dejó en la penumbra.

Respecto de la bibliografía creo, no obstante el juicio de mi distinguido contradictor, que es útil aunque limitada. No siempre resulta apropiado citar libros y revistas a los que nadie tiene acceso, como no sea trasladándose a Berlín, a París o a Londres. Las obras de Aristóteles, publicadas

bajo la dirección de Ross, se aceptan sin reservas en todas partes. El libro del mismo Ross y el de Jaeger son indispensables en una bibliografía con pretensiones mínimas. El de Joja, lógico rumano, abre nuevas perspectivas en la apreciación materialista y dialéctica del gran pensador griego.

Es evidente que de haber llenado varias páginas con libros de Lovaina u otros lugares semejantes le hubiera brindado a mi crítico un inmenso gozo. Mas no ha podido ser así; por el contrario, he citado autores al margen de la filosofía *culta*: Engels, Lenin, compañías que explican mi ignorancia y mi impiedad.

Otra herejía debo confesar: la traducción de la *Metafísica*, vertida al alemán por Bonitz, no se publicó en Munich, sino en Hamburg-München, según me entero.

Mi propia traducción disgusta profundamente al crítico y debo aducir en mi favor que no creo que sea perfecta. Sin embargo, él va más lejos todavía, y aprovecha la oportunidad para denunciar a casi todas las versiones que se han publicado en castellano de los filósofos griegos. Desconozco los aportes que en este sentido ha incorporado el señor Gómez-Lobo a la bibliografía filosófica clásica. Descuento que los habrá realizado y si es así debe procurar que lleguen al público interesado los resultados de sus estudios y desvelos. Estoy dispuesto a aprender de él y a servir de vehículo, en la medida de mis posibilidades, para hacer conocer sus trabajos sobre la cultura griega en esta parte de América.

Debo aclarar, finalmente, que el libro comentado en *Diálogos* lleva una fe de erratas —de la que acompaño un ejemplar—, la cual no se menciona en la nota de referencia. No adjudico la omisión a mala fe, ya que pudo suceder que el volumen que llegó a la revista careciera de la pequeña hoja suelta. Allí se salva una errata sobre la unidad de cuerpo y alma, un problema más de teólogos que de filósofos. La argumentación que sigue en el Prólogo carece de sentido si no se toma en cuenta esta aclaración porque lo que se desdeña es la inmortalidad no la unidad.

Me permito pedir al señor Director la publicación de esta carta, no para descargo de un ataque personal, puesto que en la República de las letras ocurren con frecuencia estos rozamientos, sino como una manera de dejar delimitada mi posición ideológica en este caso.

Saludo al señor Director muy atentamente.

Alfredo Llanos

Heidelberg, 5 de octubre 1971

Señor Director de *Diálogos*

Muy señor mío:

Me refiero a la carta del Sr. Alfredo Llanos, sobre mi reseña de su traducción del *De Anima*, de Aristóteles.

Si bien no es usual responder a una reseña adversa, me parece natural y legítimo que esto se haga si el afectado considera que ha padecido una manifiesta injusticia. En este caso la respuesta debería señalar las afirmaciones falsas o inexactas y en seguida explicar por qué estima que son erradas o imprecisas. Hacer en cambio vagas e infundadas suposiciones psicológicas me parece totalmente inaceptable.

1. La parte sustantiva de mi crítica iba dirigida, por cierto, a la traducción misma. Di tres ejemplos de errores de traducción en pasajes lo suficientemente importantes como para hacer innecesaria una lista más larga. Ahora bien, no veo ningún intento por mostrar que incurrí en error en esos casos. Para emitir un juicio en este terreno no interesa evidentemente la posición ideológica del traductor, sino la versión misma. Además esto nada tiene que ver con gusto o disgusto frente a una traducción. Una versión puede disgustar, por ejemplo por su estilo, pero ser perfectamente exacta y ceñida al texto.

2. Mis reservas frente al prólogo no se deben a que allí se invada "el coto en que se guardan las ideas madres de la civilización occidental y cristiana", sino simplemente a que una hipótesis perfectamente legítima y que de ningún modo provoca horror, no recibe ningún fundamento en los textos. Por lo tanto carece de valor. Señalar esto no es denigrar a nadie. Además en la carta-respuesta tampoco se citan pasajes que avalen esa concepción.

Todo esto no implica en absoluto defender las interpretaciones tomistas o escolásticas, como se imagina, sin ningún fundamento, el Sr. Llanos. En este contexto no puedo extenderme sobre las importantes discrepancias que me separan de dichas interpretaciones.

La afirmación sobre la "entelequia primera" en el prólogo me sigue pareciendo equivocada por las razones aducidas en la reseña. La carta con la alusión a Leibniz (cuyo concepto de entelequia no se identifica con el de Aristóteles), sólo consigue desviar la atención del problema específico: cómo entiende el Estagirita ese concepto. El juez aquí nuevamente es el texto del *De Anima*.

3. Una bibliografía cumple, a mi juicio, la función de ayudar a quien se interese por un tema a seguir trabajando en él. En el caso de la filosofía antigua (y de otros campos del conocimiento), hay ciertas convenciones internacionales bastante razonables que piden señalar las ediciones importantes de las fuentes, las traducciones y comentarios, los índices y los trabajos que de algún modo se han transformado en hitos importantes dentro de un tema o de un problema. Es simplemente la presencia de estos últimos y de algunas fuentes de primera categoría lo que se pedía en la reseña. No se trataba de llenar páginas sino de señalar con exactitud lo esencial, sea cual fuere la ciudad donde haya aparecido.

Lo que sí me parece un error es pensar que hay que trasladarse a Berlín, París o Londres para consultar estos libros: yo consulté lo citado en diversas bibliotecas de Valparaíso.

Agradezco al Sr. Director el haberme permitido reiterar mi posición.

Atte.:

Alfonso Gómez-Lobo M.

P.S. En el encabezamiento de mi nota sobre la traducción de Bonitz de la *Metafísica* (*Diálogos*, no 17, p. 24) hay efectivamente un lapsus: la sede de la casa editorial es Hamburgo.